

© 2019, MARTÍN BLASCO

© De esta edición:

2019, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5889-4

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2019

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE - LAURA JUNOWICZ

Ilustraciones: PEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Blasco, Martín

La Estación de los Espejos / Martín Blasco ; ilustrado por Alberto Pez. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2019.

96 p. : il. ; 14 x 20 cm.

ISBN 978-950-46-5889-4

1. Literatura Infantil Argentina. 2. Narrativa Infantil Argentina. I.

Alberto Pez, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2019, EN PRIMERA CLASE IMPRESORES, CALIFORNIA 1231, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La Estación de los Espejos

Martín Blasco

Ilustraciones de Pez

loqueleg

A la distancia, vista desde el auto mientras se acercaban, la casa parecía lo que era: una antigua estación de trenes.

Al costado de una vía abandonada, por donde alguna vez habían pasado los vagones cargados, se alzaba una construcción de madera, con techos altísimos de tejas rojas. Sobre la gran plataforma donde esperaban los pasajeros con sus maletas, ahora había un par de sillones y algunas macetas que nadie regaba hacía años.

Julia pensó que su abuelo tenía que estar loco para comprar una estación de trenes y convertirla en su hogar. ¿A quién se le ocurre? Y, ahora, esa enorme casa era de ellos.

Claudia, su madre, la había sentado en la cocina, café en mano, para darle la noticia.

—Julia... murió tu abuelo.

—¿Mi abuelo?

—El único que tenés, Julia. Mi papá... ¿Te acordás?

—Uy, mami, perdón, claro, el abuelo. Es que no lo veo desde que era chiquita. ¿Estás bien?

—Sí... qué sé yo, me pone triste. Pero yo tampoco lo veía, mi papá siempre fue... bastante raro.

8 Costó en llegar el recuerdo, pero llegó. La imagen que vino a la mente de Julia era la de un señor grande. En su infancia su abuelo había estado bastante presente. Luego había desaparecido. Por lo que recordaba, parecía quererla mucho, siempre que los visitaba se quedaba mirando a Julia embobado y le decía “cuando crezcas te vas a convertir en una gran mujer”. Pero de eso hacía años. Aun así, la noticia de su muerte la entristeció.

—Lo siento mucho, mamá. Qué pena que no hubiéramos mantenido más contacto.

Los ojos de Claudia se nublaron.

—Sí, yo lo lamento también. Se fue aislando. Nunca podía vernos. No me dejaba que lo visite, siempre ponía excusas. Y ahora ya no está. En fin. Y a vos te quería mucho. A vos y a tu hermano, por supuesto. No me quiero poner sensible. Lo que

te quería comunicar es esto: les dejó en herencia su casa.

—¿Qué?! ¿Soy dueña de una casa?

—Calmate. Vos y tu hermano son dueños de una casa. Y como ambos son menores, yo soy dueña de una casa. Así que la verdadera noticia es que... vamos a mudarnos.

—¿A dónde?

—¿A dónde va a ser, Julia? ¡A la casa de tu abuelo!

A Julia la noticia comenzó a impacientarla. Lo de heredar una propiedad sonaba genial. Pero mudarse... ¿Qué pasaba con su colegio, con sus amigos?

—Ya sé lo que estás pensando, tranquila, no va a haber grandes cambios, pueden seguir yendo al mismo colegio, visitando a sus amigos. Solo vamos a estar un poco más lejos...

—¿Cuánto más lejos?

—Una hora y media...

—¿Una hora y media de ida, y otra hora y media de vuelta?!

—Sí.

—¿Dónde queda?

—Tu abuelo siempre fue un poco excéntrico...

Compró una antigua estación de tren y la transformó en una casa. Sé que suena raro, pero debe de ser diez veces más grande que nuestro departamento. Y nos vamos a ahorrar el alquiler.

—¿Vamos a vivir en una estación de tren?

—En una *exestación* de tren. ¡Va a ser divertido!

—Supongo... me cuesta imaginarla...

10

—No hay problema, porque vas a conocerla prontito. Yo tengo que quedarme acá armando la mudanza. Y quiero que vos vayas este fin de semana y te encargues de limpiarla.

El cerebro de Julia analizó la información recibida a toda velocidad. A favor: una casa enorme que antes había sido una estación de trenes. Sonaba muy bien. Pero pasar un fin de semana limpiando sonaba pésimo. Podía pedirle a Laura que la ayudara. Y a Cata. María y Ana. ¡Y obvio que a Fede! Y con Fede venían Mario, Ezequiel, Marce...

—Por supuesto, como no quiero que aproveches para invitar a tus amigos y hacer una fiesta...

—Ay, mamá. ¿No confiás en mí?

—Como decía, para asegurarme de que se dediquen a limpiar y a nada más, vas a ir con tu hermano. La sonrisa de Julia se desdibujó en su rostro.



11

—¿Estás hablando en serio? ¿Todo un fin de semana limpiando con Guille?

En ese mismo momento, como si supiera que estaban hablando de él, Guille produjo un estruendo desproporcionado desde su cuarto. Su hermano parecía ir a todos lados con diez tambores colgando. Y ahora iban a tener que pasar un fin de semana juntos.

12 ¡Un fin de semana entero con la insoportable de su hermana! “No hagas ruido, que estoy escuchando música”, “No comas con la boca abierta, me da asco”, “Salí de mi cuarto”, “Salí del baño”, “Salí de la cocina”. Guille estaba tan concentrado en su enojo que ni siquiera prestó atención al camino mientras el auto avanzaba. Hasta que llegaron a la Estación.

Bajó del auto. Recién entonces se dio cuenta de lo fabuloso que era el lugar. ¡Iban a vivir en una estación de trenes!

Guille no se acordaba para nada de su abuelo. Pero, al ver dónde había decidido vivir, se convenció de que era un genio.

Su madre sacó los elementos de limpieza del baúl y les dio las últimas indicaciones. Mientras tanto, Guille pegó una corrida a toda velocidad por lo que alguna vez había sido la plataforma del tren.

—¡Este lugar es increíble! —gritó.

Miró a su hermana emocionado, a ver si por un momento era capaz de abandonar su cara de estar por encima de todo. Pero no. Julia giró los ojos con tedio y lanzó un gran resoplido de fastidio.

Guille la dejó en su hastío eterno. Dio una vuelta a la casa. Parecía sacada de un cuento. Cuando estaba por volver con su madre y su hermana, vio que desde una de las ventanas de la casa lo observaba un gato negro. Con dos pequeñas manchitas blancas sobre la cabeza. El gato lo miraba inmóvil, muy serio.

—¡Hola, Michi! —lo saludó Guille.

El gato, casi como si el nombre lo hubiese ofendido, dio media vuelta y desapareció.



—¿Qué gato?

—Te digo que hay un gato. Lo vi en una ventana.

—Ay, Guille, si el abuelo tenía un gato, mamá nos hubiera avisado. Tengo que pasar el finde limpiando y haciéndote de niñera... ¡No me molestes!

—Corrección: yo estoy acá para hacer de niñero tuyo, porque si no, vos no limpiabas nada y hacías una fiesta. Así que estoy para controlar que el trabajo se cumpla. ¿Estamos?

¿Por qué su hermano era tan insoportable? Lo dejó en la cocina y se llevó un balde y un trapo para limpiar. Quizás, si se apuraba, podía tener al menos un día libre. Y llamar a Laura y Fede. Invitarlos a que conozcan la casa. El problema era Guille. Seguro que después le contaba a su madre. Podía encerrarlo en el sótano. ¿Había sótano en esa casa? Por lo pronto, había como siete habitaciones. Era